

Las cigarreras madrileñas



A través de este dossier queremos hacer justicia a las cigarreras de todo el país, contando su desconocido y ya histórico pasado.

En este número son las cigarreras de Madrid las protagonistas.

Nuestra intención es desvelar cómo las últimas Manolas, según Mesonero Romanos, fueron un poco más tarde consideradas «alegría del pueblo y espanto de la autoridad» en los Episodios Nacionales de Benito Pérez Galdós. Suficientemente explícita es también la referencia que a ellas hace el diario «La Epoca» (8-IV-1872).

«Siempre han sido propensas las cigarreras de Madrid y en todas partes propensas al alboroto; pero la frecuencia, y aun la gravedad de los que de un tiempo a esta parte se vienen sucediendo en Madrid, merece llamar la atención de las autoridades, y aun del Gobierno, para que esta punible costumbre de amotinarse cada ocho días desaparezca.»

Así pasaron de ser personajes folklóricos de la literatura costumbrista decimonónica, a formar parte del proletariado más combativo de la capital de España.

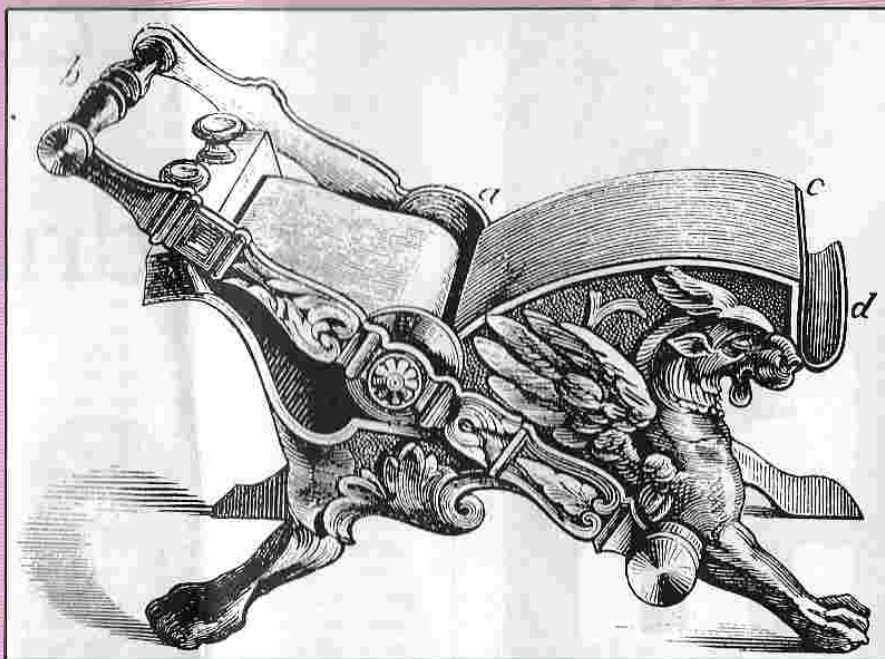
La figura de la cigarrera madrileña aparece por primera vez, de manera oficial, el día 1 de abril de 1809, fecha en que se establece la Fábrica de Tabacos de Madrid en el edificio destinado a la fabricación de aguardientes, barajas y efectos plomizos, sito en la calle de Embajadores, junto al Portillo del mismo nombre.

Cuenta la leyenda que, al parecer, ya hubo cigarreras con carácter extraoficial, un año antes, con motivo de la entrada de las tropas de Napoleón en Madrid. Según esa leyenda, un grupo de dragones franceses acampa en la entonces fábrica de aguardientes, con toda su impedimenta. Pero les faltaba algo... ¿quien les preparase los cigarrillos?

Para remediar este olvido, contratan a una serie de madrilenas que les ligan las hojas de tabaco hasta convertirlas en cigarrillos. Estas mujeres estuvieron con los franceses hasta que éstos abandonaron el local. ¿La verdad de esta historia? Así me contó una antigua cigarrera de ciento un años, quien la había escuchado de su madre.

Como dice el refrán italiano: «Se non è vero, è ben trovato».

Pero volvamos a nuestra historia oficial. Las primeras 800 cigarreras que empiezan a trabajar aquel 1 de septiembre de 1809 son las que empiezan a tejer la leyenda que va creciendo a su alrededor, basada siempre en hechos reales, quizá magnificados en algunos casos, y que alcanza su grado máximo a mediados del siglo pasado, cuando en una población de 300.000 almas existen cerca de 7.000 cigarreras que, por razones obvias, forman un colectivo singular con una idiosincrasia propia y con un peso en la vida so-



Máquina para liar cigarrillos y para hacer puros, invento del alemán Bock (en La Ilustración Española y Americana, 1878).

cio-laboral de la época, que aún no ha sido suficientemente analizado.

Si repasamos la mayoría de lo escrito hasta ahora sobre las cigarreras observamos, salvo raras excepciones, una descripción folklórica que, si bien no deja de ser cierta en parte, no llega nunca al fondo de la cuestión.

He oído en ocasiones que, dado el número de mujeres que había trabajando y los años de esta profesión a nivel nacional, podría considerarse a las cigarreras como las

primeras feministas del mundo laboral español. ¡Qué poco se las conoce! Las cigarreras nunca fueron feministas, por un razón muy sencilla: nunca se consideraron inferiores al hombre.

El que en la elaboración del tabaco se prefiriese a las mujeres no fue por razones de índole económica, como se ha sugerido en algunos casos.

Fue simplemente porque demostraron ser mejores que los hombres en cuanto al cuidado de las labores.

Por ello, en líneas generales, percibían salarios de acuerdo con su trabajo, nunca en función de su sexo.

A modo de ilustración, observemos que, en 1889 por ejemplo, el salario anual de una portera mayor era de 1.250 ptas., exactamente el mismo que el de un escribiente primero y un 25 por 100 mayor que el de un escribiente segundo.

A nivel nacional, sus ingresos eran bastante superiores a los de otras empresas similares. Por otra parte, era un trabajo seguro.

Si conjugamos esta serie de factores: por un lado, elevado número de mujeres y todas viviendo en el entorno de la fábrica; por otro, un trabajo fijo y un salario alto en relación al status que las rodea, es lógico comprender la fuerza que llegan a adquirir.

En logros sociales se adelantan en mucho a la época, y siempre por propia iniciativa. En 1840 la fábrica de Madrid tiene «sala de lactancia» y escuelas, costeadas por ellas mismas; las madres aportan tres reales al



Antiguo taller de puros de la fábrica de Madrid.

(Continúa en la pág. siguiente.)



Por la defensa de su Sistema de Previsión Social, las cigarreras y sus compañeros volvieron a movilizarse como en otras ocasiones.

(Viene de la pág. anterior.)

ptas. aproximadamente, según datos contables de la propia fábrica.

Junto a estas dos compañeras, surgen «la Mojama» (seca por fuera, pero dulce y acogedora por dentro); «la Sacristía» (alquilaba cabos de vela a sus compañeras cuando no

había luz), «la Borrego», María «la Guapa», nombres ya legendarios en nuestra pequeña historia. Lógicamente, los tiempos van cambiando y las cigarreras saben amoldarse perfectamente a ellos, pero sin perder las cualidades que las han distinguido siempre dentro de los colectivos laborales de sus respectivos lugares.

En el transcurrir del tiempo hemos visto cómo la luz que irradiaban con su espontaneidad en las reivindicaciones cotidianas ha sufrido altibajos, debilitándose sensiblemente en algunas épocas de la historia, pero, como el ave fénix, han sabido resurgir de sus cenizas cuando la importancia de los temas lo ha requerido, y así, de la mano de sus compañeros, cada vez más numerosos, han protagonizado en un pasado más reciente diversas acciones de protesta y reivindicativas, de entre las que se destacan ya en nuestros días la manifestación de duelo por la muerte de dos estudiantes en las inmediaciones de la fábrica de tabacos, fruto de la actuación policial en el transcurso de una manifestación, y las encaminadas a defender las bases de su Sistema de Previsión Social, ante la obligatoria integración en el Régimen General de la Seguridad Social.

Espero poder seguir contando la historia de las cigarreras, no sólo de Madrid, sino de todas nuestras fábricas, desde la veterana Sevilla hasta la jovencísima Málaga. Es una historia apasionante y poco conocida, pero es, sobre todo, parte ya de nuestra cultura como pueblo. Y nuestra obligación es conservarla y difundirla.

Hasta pronto



Comisiones Obreras supo apoyarlas en tan justificada reivindicación.

(1) J. Pérez Vidal. «España en la historia del tabaco», pág. 266.